

“Una espada atravesará tu Corazón”

Palabras que hace tantos años escuché, palabras que nunca quise olvidar, sabía que, aunque en ese momento no entendiera, algún día lo haría... No fue solamente una espada, ni una sola vez; todo lo que le hacían a Él, lo podía sentir yo, los latigazos, las caídas, la corona y cada una de las espinas que se clavaban en su cabeza; hasta las piedras que cuando caminaba le lastimaban los pies.

Una espada, un látigo y una corona atravesaron mi corazón, pero lo que más dolió fue el odio, el rencor, la envidia y la indiferencia de tantos, de la multitud que nos acompañaba y de las caravanas que nos veían pasar. Me dolía profundamente, no podía hacer nada, solo verle y darle fuerzas con mi mirada. No sabía qué hacer; hasta que se encontró conmigo y sin tener que decirme nada, me dijo; me ordenó y me pidió tantas cosas.

Sus ojos me pedían que intercediera por quienes le hacían daño, sus manos que abrazaban la Cruz me rogaban que los llamara hijos también a ellos, su sonrisa me invitó a perdonar desde el fondo de mi corazón, y su corazón me llamaba “Madre”, me lo dejó claro, Él sabía lo que hacía, sabía el valor de su sacrificio y la recompensa del Cielo, lo sabía, y por eso, por ellos; jamás se echaría para atrás. Un pequeño encuentro, tan pequeño como el niño que alguna vez vi crecer, el que cargué en mis brazos en aquel establo de Belén; este que había cargado con la Cruz y el mundo entre los suyos.

Mi pequeño de Belén, en dos segundos me había dado fuerza para seguir, para seguir de pie, al pie de la Cruz, a su lado, para seguir amando, a todos, incluso a quienes tanto le lastimaban. No dejó de doler, era incluso tanto el dolor y la tristeza que parecía que las piernas me temblaban y los ojos se me llenaban de lágrimas, las palabras de mi boca no se entendían, lloré tanto, era lo único que podía hacer... aunque también sentía que el llanto era tan poco para expresar lo que tenía dentro.



Mi niño carpintero, clavado en la Cruz; por todos aquellos que tanto amó, mi pescador, que fue atrapado entre las redes por esos que llamó amigos. Yo sé que era el Hijo de Dios, también fue quién yo vi crecer en estatura y aprender a hablar, hacer dibujos en la arena y rezar, siempre muy serio; Él siempre supo, y sabiéndolo, siguió.

Y fue de pronto, como las cosas del Señor, que vienen cuando menos las esperamos; que comprendí un poco mejor... no el porqué de las cosas sino mi lugar en todo esto... Mi hijo se entregaba por las ofensas de toda la humanidad, las impurezas y los pecados de los hombres, para que este pudiera regresar a Dios, era mi Jesús quien pagaba el precio de tanta gente. Entonces comprendí, que su mirada también me invitaba, a unirme a Él, a ofrecermelo con Él, de manera diferente, pero por un mismo fin: todos los hombres.

Y es que en un acto que me resultaba tan doloroso y tan cruel, entendí lo que, para Él, para Dios significa un alma, el valor y el amor que siente por cada una de ellas. Siempre lo supe, pero creo que nunca pude entenderlo hasta vivir en carne propia la alianza de Dios con su pueblo.

Invitada a ofrecermelo con Él en la Cruz, a abrazar el dolor y el sufrimiento por todos aquellos que lo causan o que no saben lo que hacen, unirme con Él para interceder por quienes se han olvidado de Dios y le ofenden sin pensarlo dos veces; acompañarle a salvar a las almas, por el valor de cada una de ellas.

Una mirada, que me invitó a seguirle nuevamente, en un camino diferente, de dolor; pero también de redención, de luz. Esa mirada que conozco tan bien, y en la que tanto amor veo. Esa mirada que también invita a no desperdiciar su sacrificio, su Sangre. Caminar al calvario y verle en la Cruz no dejó de ser duro, pero sé que, al mismo tiempo, caminaba con Él a la consumación del plan de Dios, para verle como salvador de todos nosotros.

Mi niño, mi Jesús.

Atentamente: María

